

Disquisición sobre el curso

CRÍTICA INDIVIDUALISTA DE LA SOCIEDAD Y LA CULTURA

X. Rubert de Ventós

Oscar Martiarena

No se puede detener, ocultar el entusiasmo, cuando de lo que se habla es del *yo*; de ese lugar empaquetado entre la voluntad y las resistencias. Menos aún cuando, tarde que temprano, el que aquí se está jugando *soy yo*. Yo frente a Hegel, por ejemplo —por ejemplo, porque bien pudiera ser frente a Freud, o Marx, o también frente a la policía—; mi palabra frente al sistema, mi vivencia frente a lo racional, racional que la legitima y ante el cual estoy preordenado: todo lo que *yo* haga, si es real, es racional. Con *razón* se ha dicho que entre el inconsciente y la televisión aparece *yo* coyunturalmente. Así, para salir, jugando un poco: *donde Hegel era, devengo yo*.

Entonces el punto de partida bien puede ser *yo* mismo. No es lo racional, tampoco lo real. Es quizá lo imaginario; las imágenes creadas en mí, por mí; surgidas en *yo*. Y si es así, ¿por qué no permitirme hablar de mí, desde mí?, ¿por qué no crear o jugar en *yo* con mi papá censor y mi mamá resignada?, ¿por qué, como dice Rubert de Ventós, no tener confianza en lo particular, en este *yo* coyuntural?

Para una mirada aguda *yo* es invocado por la pulsión y la sociedad. Haciendo uso del discurso: *yo* aparece emergiendo entre ello y superyo. Lugar de guerra. Campo de batallas interminables, inconclusas, donde *yo* camina sin balón, fuera de lugar. Un *yo* desesperado bien pudiera decir: *yo* soy el balón. ¿Desesperado?

Algunos dicen que Nietzsche decide la locura cuando se da cuenta que el pensamiento se piensa a sí mismo en el *yo* de Nietzsche. La voluntad de develar, de saber, poder, esto es, la voluntad de Nietzsche, coyunturalmente se coloca como franco tiradora y en medio de la batalla opta por el desorden en el momento mismo en que se le revela el infortunio de la subjetividad racional. Frente al sentido de la historia, frente a lo real-racional, la locura.

Pero lo racional responde y no sólo frente a Nietzsche: más de doscientos años antes de su primera crisis en Turín, el orden había inaugurado la codificación de la locura en el Hospital General. Dice Foucault,

“la locura de Nietzsche, es decir, el derrumbe de su pensamiento, es el elemento que hace que su pensamiento, se abra hacia el mundo moderno. Lo que lo hacía imposible, lo hace contemporáneo; lo que le

Escultura de
Ludmila
Seefried
Matjekova

El Doctor Xavier Rubert de Ventós, profesor de la Universidad de Barcelona, dictó un curso intensivo en la Facultad de Filosofía y Letras, del 23 de junio al 4 de julio, titulado: “Crítica Individualista de la Sociedad y la Cultura”. Dicho curso versó fundamentalmente sobre los siguientes puntos: la experiencia social (el *yo* como posición coyuntural); el sujeto de esta experiencia (el amor como lugar de ruptura); el idealismo político (hacia un formalismo político). En este boletín, se presenta un trabajo sobre el mencionado curso.

*quitaba a Nietzsche, es lo que nos ofrece”**

También Van Gogh, o Nerval, o Artaud son nuestros contemporáneos; es decir, lentamente se les ha codificado. Son “psicóticos” y tenemos cierto amor a su locura. Lo que su tiempo no pudo hacer con ellos, lo hacemos nosotros. Como “buenos” burgueses pagamos nuestras deudas. Salvo que desde acá, desde el orden, desde nuestro código, desde la avidez literaria, desde el placer estético y el éxtasis de salón.

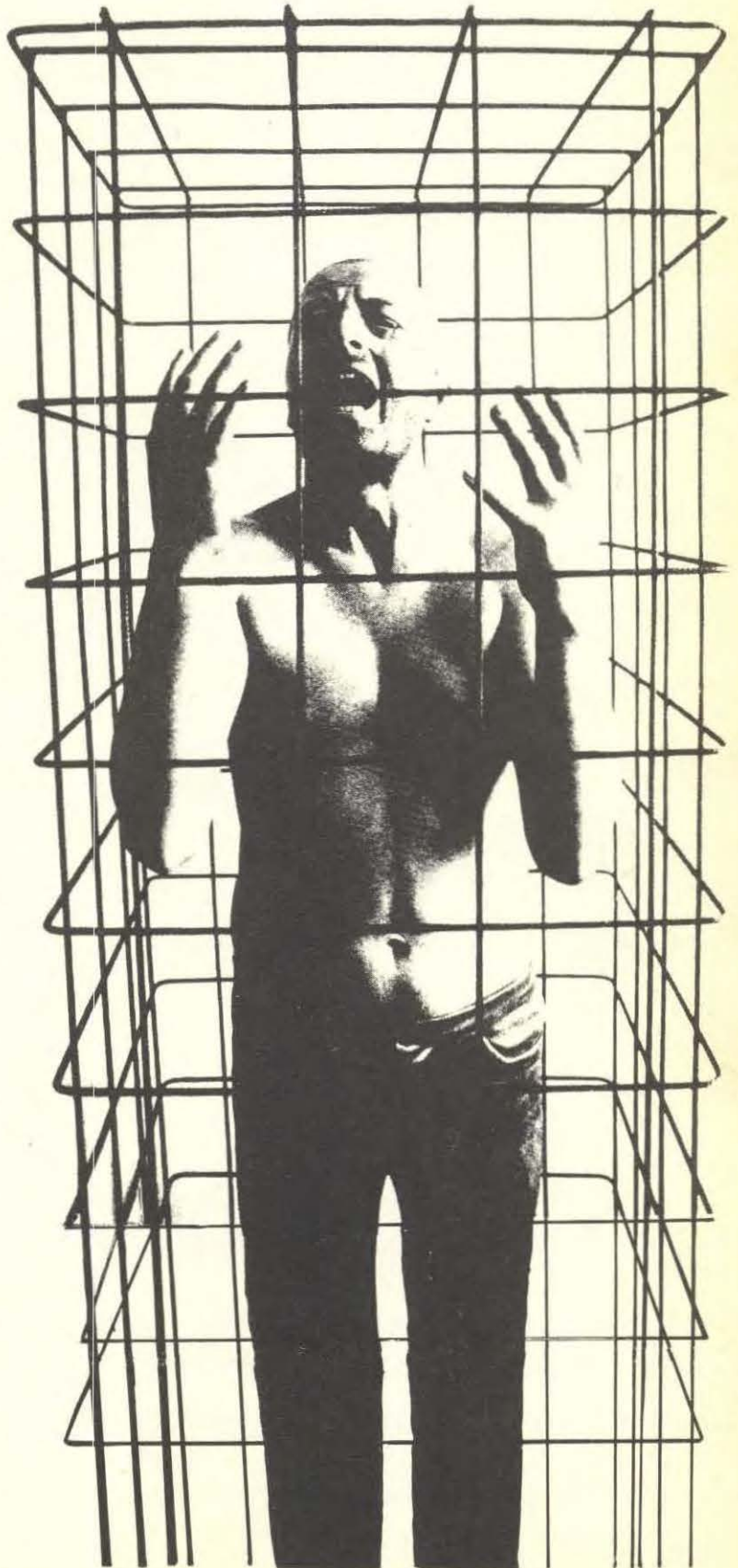
No por esto hoy *yo* descansa. *Yo* sigue siendo el lugar de la batalla. Pero un *yo* inteligente sabe, por el discurso y la institución, que la locura es una falsa salida. Sabe que a la locura se le encierra codificada en el código del hospital o de la cárcel, y si pasa al futuro también se le codifica a través del filtro de la reivindicación postrera. *Yo* podría atreverse a preguntar una vez más a qué realidad responden estos confinamientos.

Otra salida radical es la muerte. Sin embargo los logros de la codificación van lejos: más tarda un *yo* en derrumbarse que el médico en levantar un certificado de defunción. Un joven filósofo de origen griego escribía en París hace dos años,

“Hablemos de nuevo, finalmente, si se quiere, de la muerte. ¿Cómo no ver la convergencia entre las transformaciones de la manera de morir, más prosaicamente, en la cama, la auténtica prohibición que pesa, en las sociedades modernas, sobre la muerte, la desposesión de los ciudadanos “privados” de su propia muerte, y el monopolio por el Estado del terror público legítimo? ¿Deja de funcionar el Estado en el acto de la muerte? Incluso cuando no ejecuta (pena de muerte), no mata o no amenaza con matar, incluso —si no sobre todo— cuando impide morir, el Estado moderno administra la muerte y el poder médico está inscrito, también él, en la ley moderna.” **

Aún así el yo se afirma... desapareciendo. Meses después de escribir lo de arriba, el yo de Poulantzas se arrojó de un edificio.

Para Rubert de Ventós *yo* coyuntural ha de expresarse en el amor: *yo* enamorado, punto de partida objetivo que valida la experiencia de la realidad. *Yo*, contagiado de la vida diaria que se extraña a sí mismo en el amor, fractura del “animal político” que deviene bestia o dios. *Yo* amoroso, criterio pri-





vilegiado de la realidad, célibe extrañado por su soltería teórica. Otra vez, *yo* campo de batallas inconclusas. Por ello el coyuntural *yo* de Rubert de Ventós puede afirmar que los *yos* sucumben ante la ficción energúmena del Estado.

Sí, del Estado. Esto que subrepticamente se cuela cuando hablamos de confinamiento, cuando Poulantzas habla de la muerte o cuando Rubert de Ventós habla del amor. ¿Qué pasa entre *yo* y el Estado? Algo hay ahí que mortifica. Algo quizá que no está tan lejos del *yo*: la palabra que encarcela las ficciones o las ficciones que encarcelan la palabra.

Pero una cosa es cierta. Algo hay que norma la locura, que norma la muerte y, muy probablemente también norme al amor. Normar, ordenar, codificar: asignación topográfica ineludible por cotidiana y omnipresente.

También es cierto que la coyuntura es inflexión. Un lugar desde donde podemos decidir la locura, el suicidio, el amor. Pero también desde lo coyuntural podemos ver los poderes y sus juegos. Claro está, no es posible pensar que *yo* se encuentre fuera de ellos, ¿o hay todavía quien lo piensa? Y por esto es fundamental recordar la coyuntura: el que se juega la vida o donde la vida se juega, como quieras y mandes, *soy yo*.

Pero recordar sólo es empezar; un principio. Porque entonces habrá que decidirse y salir a lo oscuro del corredor. De ahí, con rostro asustado, habrá que mantenerse en el riesgo mientras sea posible localizar el visillo que deja pasar sólo breves líneas de luminosidad. Y, de pronto, con la voluntad de saber que lleva a la locura, con la voluntad de vivir y cambiar la vida que lleva al suicidio, con la voluntad de morir que lleva al amor, habrá que asomarse a la recámara donde se fabrican hombres, ideales, búsquedas, sentidos. Asomarse a ese recodo donde se fabrican sujetos, donde *yo* emerge.

Lo que venga entonces no podrá ser regresar al cuarto como cuando *yo* estuvo en él. Desde lejos ya se puede mirar un poco el resultado. Aquel que regrese, y lo hará sin importarle *yo*, llevará, mínimamente, montado en sus hombros el demonio de la revuelta.

* Foucault, M., *Historia de la Locura en la Epoca Clásica*, México, F.C.E., 1a. Ed., 1967, p. 268.

** Poulantzas, N., *Estado, Poder y Socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1a. Ed., 1979, p. 94.